

Más batallas de papel: literatura, política y propaganda en el Siglo de Oro²⁷

Adrián J. Sáez
 Université de Neuchâtel
 Institut de Langues et Littératures Hispaniques
 Espace Louis Agassiz 1
 Bureau 3.E.45
 CH – 2000 Neuchâtel
 adrian.saez@unine.ch

Artículo-reseña de: María Soledad Arredondo, *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: guerras y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2011, 378 pp. (ISBN: 978-84-8489-549-7)

Si el contexto histórico es una buena brújula para navegar en los estudios literarios, hay que ser cuidadoso a la hora de relacionar texto y contexto para no naufragar en Escilas de exceso o Caribdis de defecto. En este sentido el Siglo de Oro se revela como una época en la que cobra especial valor, siempre que triunfe el justo medio y se eviten desviaciones exegéticas que inyectan elementos más o menos contextuales en las obras, causando una distorsión interpretativa. El nuevo libro de Arredondo, *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: guerras y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal* (Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2011) es un ejemplo que debe ser recibido con los brazos abiertos por muchos y diversos motivos.

En la introducción aclara Arredondo que en el corpus se hallan piezas con formas muy diversas que se unen por «la defensa de una idea, de un personaje, o de una decisión política, en un momento de crisis» (p. 12). La redacción de estos textos es urgente y su fin polémico, a caballo entre la literatura, la propaganda y la historia. Se sitúan en el período comprendido entre la guerra de los Treinta Años y el conflicto con Francia (1635-1659), más las guerras de Cataluña y Portugal. Además, supera sus fronteras cronológicas y se extiende hacia el pasado y el futuro, en un afán por controlar la forma en que se transmiten los

27. Este trabajo se ha sido redactado durante una estancia de docencia e investigación en la Westfälische Wilhelms-Universität Münster, gracias a la concesión del «Gertraud und Reinhard Horstmann Stipendiumpreis» para el año académico 2011 / 2012.

sucesos al presente y al porvenir. El repaso de la recepción crítica de los textos y su contexto deja paso a una defensa de la valía de unos escritos que ocupan «tierra de nadie», pero que alimentan la historia política, la sociología, la literatura y el incipiente periodismo, amén de dar fe de cambios literarios y sociales (pp. 15-16).

El ramillete seleccionado se debe a Quevedo, Saavedra Fajardo, Pellicer y Adam de la Parra, dado que fueron los únicos que participaron continuamente en la campaña polémica de los tres conflictos, más incorporaciones esporádicas de las voces de Calderón de la Barca, Francisco de Rioja o Ana Caro, entre otros. Limitación esencial ha supuesto centrarse en «obras en prosa y monotemáticas» (p. 20), dejando de lado poemas, comedias, etc., de contenido político. Tras la presentación de la galería de escritores y obras, Arredondo presenta los pasos previos a la «guerra de papel». En una etapa anterior al estallido de los combates, diversos ingenios advertían de los ataques y mentiras que algunos textos lanzaban contra la Monarquía Hispánica. Mientras, al otro lado de los Pirineos ya habían disfrutado de un tiempo de libelos que había valido de entrenamiento al ejército de plumas de las que luego se serviría Richelieu para «cohesionar a un país tan recientemente dividido» usando como blanco común al enemigo externo, sobre todo a España (p. 35). Precisamente por esta vía siguieron las respuestas españolas y las rebeliones de Cataluña y Portugal: «desde la creación del caldo de cultivo previo hasta la plasmación de una declaración oficial» (p. 36).

El contexto histórico previo a la acción lo explica en buena medida. Pese a los pasos anteriores, la declaración de guerra por parte de Francia en 1635 dolía porque dejaba rezagada a España, por las acusaciones recibidas y porque la cámara de propaganda no estaba en marcha. Una situación que se agravó en 1640 por la conexión y dependencia entre los tres enfrentamientos bélicos. Junto al conflicto armado, además, existía «una “guerra de opinión” entre los distintos países europeos, que muestra el fracaso de la idea europea de Erasmo y el surgimiento de los nacionalismos» (p. 43, si se entiende el término «nación» de un modo amplio), en donde se daban cita la imprenta y la variedad de lenguas en ataques prontos y virulentos. La selección del equipo era una tarea integrada dentro de las relaciones entre arte y poder, pues sus funciones estaban orientadas por el gobierno, interesado en transmitir una determinada imagen al mundo.

Sigue un apartado conceptual y terminológico donde Arredondo presenta la literatura de combate, su imprecisión genérica, sus lectores y objetivos, etc. Son páginas admirables y precisas que no voy a desgarnar: el curioso lector debe acudir directamente a ellas. Incluye asimismo un catálogo de los temas (la guerra, el rey frente a otros monarcas y la religión), más unos escolios sobre el estilo y la técnica literaria. Resulta muy estimable el punto dedicado a la *querelle* religiosa, pues apunta que se aborda de forma distinta en 1635 y 1640: si primero existe una unanimidad casi total entre los españoles, que escriben contra el hereje

francés, después, y especialmente en la lucha con Cataluña, «los dos bandos se disputan la bandera de la fe cristiana, y la utilizan en sus reivindicaciones políticas» (p. 97). Algo diferente es el caso portugués, en el que el uso propagandístico de la religión se reduce a las críticas a los clérigos favorables a Braganza, los sermones de ambos bandos y las campañas de oración orquestadas para apoyar las incursiones militares.

La tercera sección es la más extensa del volumen (pp. 123-355) y recoge el estudio detenido de los «papeles bélicos», articulado en cuatro fases, que Arredondo desarrolla brillantemente. Antes, define «guerra de papel» al «fenómeno literario y propagandístico creado por las obras que acompañan y justifican las guerras de 1635 y 1640, y que surgieron contra escritos previos del enemigo, fuera extranjero o doméstico». Es decir: se definen de entrada por su carácter literario y defensivo. En conjunto, el proceso demuestra una conciencia común entre los ingenios de la necesidad de combatir con la pluma, que poco a poco revaloriza los textos y los dota de coherencia y profesionalidad (pp. 123-124).

La primera etapa se inicia en 1635, con los textos de réplica a la declaración de guerra francesa. Arredondo reconstruye los pasos previos al estallido de las hostilidades, pues ya en 1634 Olivares encarga la redacción de un texto contra los franceses, que será la *Conspiración herético-cristianísima* de Juan Adam de la Parra. Una vez que el guante está echado, otros tres grandes ingenios echan su cuarto a espaldas: Quevedo con la *Carta a Luis XIII*, José Pellicer de Tovar con la *Defensa de España contra las calumnias de Francia* y Saavedra Fajardo con el *Memorial enviado al rey cristianísimo por uno de sus más fieles vasallos* (atribuido). Al margen de sus detalles, bien estudiadas y comentadas en el contexto histórico general y el marco literario de cada uno, comparten algunos rasgos: la insistencia en el argumento religioso, en la deslealtad del rey francés con su propia familia y su debilidad ante las malas artes del cardenal Richelieu. Asimismo, los tres textos destacan entre el resto por su estilo brillante y por mostrar una conciencia acerca del peligro francés, más allá de la redacción de encargo que suponen estas «sus primeras armas en las respectivas tareas de propaganda política, más o menos oficiales» (p. 131).

La segunda fase supone una continuación o reaparición del mismo enfrentamiento en 1638-1639, con el ataque y posterior socorro de Fuenterrabía, un acontecimiento muy difundido y celebrado, seguramente con el ánimo de compensar dos desgracias recientes: la pérdida de Leucate y el motín de Évora, ambos de 1637 (p. 125). Esta «desmedida publicidad de un hecho de armas» (p. 167) se explica por el peligroso rumbo que estaba tomando la guerra con Francia y por su condición de guerra interna, que culminaría con las rebeliones de Cataluña y Portugal en 1640. Por eso, se entiende que Olivares seleccionase a dos buenas plumas para esta tarea propagandística: Virgilio Malvezzi, autor de *La Libra*, y Juan de Palafox y Mendoza con su *Sitio y socorro de Fuenterrabía*. Junto a ellas, destaca entre el arsenal de tinta

otras dos piezas notables: el poema encomiástico titulado *Panegírico al excelentísimo señor almirante de Castilla* de Calderón (quien recuerda la victoria también en su comedia *No hay cosa como callar*) y la afilada sátira *La sombra del Mos de la Forza se aparece a Gustavo Horn...* de Quevedo.

Por fin, la última estación del recorrido se divide en los conflictos con catalanes y portugueses en 1640, íntimamente relacionados de principio a fin. Arredondo presenta el inicio y desarrollo de los problemas de este doble enfrentamiento interno, que puso en jaque al gobierno, con tres frentes abiertos dentro y fuera de sus fronteras. No sólo por vía armada, sino también por cauces diplomáticos (gestiones para evitar los acuerdos con franceses, las reclamaciones ante Roma, etc.) y propagandísticos. La chispa prende con la publicación de la *Proclamación católica* dirigida por los consellers de Barcelona al rey: este panfleto hizo que se acelerase la campaña de propaganda, empeoró unas relaciones mutuas ya deterioradas y sumió al gobierno en un mar de dudas, sin olvidar que «contribuyó a desatender el problema portugués» (p. 197), pese a las alarmantes señales que se veían. El caso catalán suscitó cinco respuestas oficiales: la *Súplica de la muy noble y muy leal ciudad de Tortosa...* de Adam de la Parra, la *Conclusión defendida por un soldado del campo de Tarragona del ciego furor de Cataluña* atribuida a Calderón, el *Aristarco o censura de la «Proclamación católica» de los catalanes* de Francisco de Rioja, *La rebelión no es por el güevo ni es por el fuero* de Quevedo y la *Idea del Principado de Cataluña* de Pellicer y Tovar. Cada uno de ellos contribuye a la defensa de la monarquía y dispara al enemigo desde patrones diferentes: Quevedo, por ejemplo, escribe desde su encierro en la cárcel de San Marcos de León, por lo que es más que seguro que carecía de información fidedigna y su libelo alcanzaría poco o ningún eco, aunque parece que actuaba con la esperanza de congraciarse de nuevo con el valido; a su vez, la *Súplica...* testimonia la capacidad de los propagandistas de hacer circular textos sucesivos que «rebatieran las quejas catalanas en distintas fechas de la guerra y también de adecuarlos a situaciones distintas» (p. 231); la detenida «reescritura polémica» de los argumentos catalanes que lleva a cabo Rioja (p. 240), etc., etc. Por su parte, la rebelión de Portugal carecía de un manifiesto inicial que la justificara, si bien los signos de descontento eran patentes desde 1637. Así se explica la reacción escrita casi inmediata al levantamiento con la *Sucesión de los reinos de Portugal y el Algarve* de Pellicer, que rompe con la dinámica previa al no responder a ninguna declaración de guerra ni constituía una reclamación oficial, sino que daba el primer paso en la batalla polémica (p. 282). A este siguen otras andanadas: la breve *Respuesta al manifiesto del duque de Berganza* de Quevedo, quien no se resigna a permanecer alejado del teatro del mundo, y por último el *Apologético contra el tirano y rebelde Berganza* de Adam de la Parra.

Desde fuera —muchas veces la mejor óptica para comprender lo propio—, se suma Saavedra Fajardo a la guerra de papel, según estudia Arredondo en el último punto. En su faceta de diplomático Saavedra

tuvo la oportunidad de viajar por Europa y asistir y participar en un buen número de acuerdos y encuentros internacionales, en un momento de gran tensión y numerosos conflictos abiertos. Ante las tres guerras en marcha, Saavedra defiende insistentemente la necesidad de un acuerdo de paz. Tradicionalmente se le ha considerado un «pacifista», pero Arredondo lo define como «un relativista o un ecléctico» que se adapta a los nuevos rumbos en las negociaciones y al nuevo orden político marcado por el congreso de Westfalia (p. 322). Por eso, las peticiones de paz que pueblan sus textos (*Noticias del tratado de neutralidad entre el Condado y Ducado de Borgoña...*, *Carta de un holandés escrita a un ministro de los Estados confederados...*, *Suspiros de Francia* y *Locuras de Europa*) están mediadas por los personajes y las voces que las emiten, y su sinceridad debe buscarse en sus cartas. Con todo, en parte gracias a su privilegiado conocimiento de documentos sobre la situación, su visión es «más flexible, menos engolada, más pragmática y menos religiosa [...] que las de sus compañeros de generación» (p. 324).

En síntesis, se aprecia una evolución desde Francia como enemigo único, la inesperada rebelión de los portugueses que se justifica *a posteriori*, y la situación final de una Europa enloquecida, fruto de las acciones de los distintos enemigos de España (p. 126). Las conclusiones finales reflexionan sobre el éxito de los fines buscados por tantas plumas esgrimidas: la difusión entre el manuscrito y la imprenta o el eco que tuvieron en el campo enemigo (se entiende que sin persuasión, claro). Luego del panorama pintado por Arredondo en que se entrecruzan tres guerras, multitud de libelos, ataques y réplicas varias, el lector puede adentrarse por un convulso camino en el que convergen cuestiones políticas, sociales, literarias, religiosas, etc. La copiosa bibliografía constituye *per se* un documento de utilidad para el lector interesado. Sólo un apunte: la *Conclusión...* atribuida a Calderón podría citarse, antes que por la edición de Zudaire Huarte, por la moderna de Arellano, incluida como apéndice a su edición del auto *El socorro general*²⁸.

Quedan dos sugerencias marginales a este excepcional trabajo. El campo de batalla explorado por Arredondo es muy complejo y completo, pero hay dos frentes que también participaron en la contienda y que tal vez podrían explorarse en escaramuzas posteriores. A pesar de que ya avisa en la introducción del corpus acotado con suficientes razones, otra galería de piezas participan en esta contienda con la pluma desde la atalaya de la ficción. Un caso extremo (por aparecer en una obra sacra anclada en la alegoría) son los autos sacramentales de Calderón, un cuarteto de los cuales se construye a partir de los sucesos de la guerra de Cataluña al fondo: *Lo que va del hombre a Dios*, *El divino cazador*, *El socorro general* y *El lirio y el azucena* (este último mencionado en p. 14 como eco final de los años de guerra en los textos)²⁹.

28. Zudaire Huarte, 1953; Arellano, 2001, pp. 46-50.

29. Ver Sáez, 2012a y 2012b.

Igualmente, se hubiese podido atender a la utilización indirecta de ciertos escritores y textos en el marco de estos debates por escrito. Me refiero al uso intencionado de determinados títulos literarios dentro de los diversos lances políticos del momento. No hace falta ir muy lejos en este camino, ya que el *Quijote* y Cervantes constituyen un ejemplo paradigmático. Así, Estruch³⁰ analiza dos casos en los que los polemistas recurren a ellos para reforzar sus argumentos: en la anónima *Cataluña defendida de sus émulos* (1641), destinada a refutar la *Justificación real*, se cita a Cervantes como *auctoritas* para negar la permanente rebeldía de los catalanes, seguramente en base a su actitud benevolente y los positivos retratos que escribe de los mismos; por el contrario, en la respuesta que hace Nicolás Fernández de Castro al panfleto de Antonio Sousa Macedo (*Lusitania liberata...*, 1645) en su *Portugal convencida con la razón para ser vencida...* (1648), utiliza a don Quijote y Sancho para desautorizar las tesis del enemigo. A su vez, Montero Reguera recuerda que Manuel de Faria y Sousa, en el comentario a *Os Lusíadas* de Camões, encuentra en *Don Quijote* una clave para la explicación de la pérdida de Portugal tras la muerte del rey Sebastián y las causas de la decadencia española, mientras en el *Cartel de desafío y protesta caballeresca de don Quijote de la Mancha* publicado en defensa del duque de Braganza, la figura cervantina defiende a los portugueses contra las injusticias de los castellanos, sus propios compatriotas³¹.

En resumen, el sólido trabajo de Arredondo reúne muchos méritos, entre los que destacan de inicio la recuperación de escritos poco atendidos o valorados (algunos de los cuales ha editado en otros lugares), y la brillante exploración de las relaciones entre escritura y conflictos de poder. La atenta lectura de este compendio de rigor y clarividencia —nada sorprendente en la autora— resulta, por tanto, muy grato y recomendable; o dulce y útil, por decirlo con palabras de la época.

BIBLIOGRAFÍA

- Arellano, I. (ed.), P. Calderón de la Barca, *El socorro general*, Pamplona / Kassel, Universidad de Navarra / Reichenberger, 2001.
- Arredondo, M.^a S., *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: guerras y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2011.
- Civil, P., «Pouvoir royal et discours prophétique. De quelques textes autour des événements politiques de 1640», en *La prophétie comme arme de guerre des pouvoirs (xv^e-xvii^e siècles)*, ed. A. Redondo, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2000, pp. 327-340.
- Estruch, J., «Cervantes, instrumento de propaganda política en la coyuntura 1640-1650», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 1992, 12.1, pp. 111-117.

30. Estruch, 1992.

31. Montero Reguera, 2006.

- Montero Reguera, J., «El *Quijote* en 1640: historia, política y algo de literatura», *Edad de Oro*, 25, 2006, pp. 437-446.
- Sáez, A. J., «Doctrina, historia y política en cuatro autos de Calderón con la guerra de Cataluña al fondo», en *Teatro y religión*, ed. J. G. Maestro, *Theatralia*, 14, 2012a, pp. 119-145.
- Sáez, A. J., «Embajadas y guerras: algunos paradigmas compositivos en el auto sacramental de Calderón», *Anuario Calderoniano*, 5, 2012b, pp. 215-231.
- Zudaire Huarte, E., «Un escrito anónimo de Calderón de la Barca», *Hispania*, 13, 1953, pp. 268-293.

Arellano, Ignacio, *Músicos callados contrapuntos. Textos y contextos de la poesía de Quevedo*, Berriozar (Navarra), Cénlit, 2012, 245 pp. (ISBN: 978-84-96634-87-9)

Este libro es el cuarto título de la nueva colección *Entre letras. Crítica y didáctica* y reúne nueve artículos sobre la poesía de Quevedo, publicados entre 1984 y 2005, con ciertas correcciones y modificaciones no sustanciales. Según el propio autor, este conjunto representa una «silva de varia lección» más que un acercamiento sistemático. Sin embargo, precisamente su carácter misceláneo convierte a este volumen en una excelente introducción a este campo de estudio, porque ilumina la amplia y compleja obra poética quevediana desde múltiples perspectivas.

La reconstrucción de los códigos y contextos históricos, necesarios para comprender la poesía de Quevedo, es el hilo conductor de todos los trabajos. Arellano formula esta directriz en el primer artículo, «Introducción a la lectura de la poesía quevediana. Un ejercicio de ingenio»: «la primera necesidad y el punto de partida de cualquier lectura ha de ser la reconstrucción (en términos generales) del “sentido original” del texto quevediano, que lo tiene, sin duda, e inteligible» (p. 16). No se trata de limitar el análisis de los textos a una única interpretación válida, sino de una reconstrucción, en la medida en la que sea posible, del horizonte hermenéutico del lector del siglo xvii. Así se impide el error de proyectar nuestra perspectiva y valores modernos a un poema barroco, un error bastante común entre la crítica literaria, como lo muestran los ejemplos que Arellano cita: Crosby, en su edición de los *Sueños*, interpreta dos poemas como defensa de una sexualidad libre; y Roig, no menos equivocada, encuentra en el soneto 128 (*Poesía original*) una crítica a la actitud de Dios. Según Arellano, tales intentos de «salvar» a Quevedo de la condición de hombre de su tiempo bloquean cualquier interpretación auténtica, la cual tendría que fundarse justamente en dicha condición. Por ello, el primer paso hacia una mejor comprensión de un texto histórico es, sin duda, la correcta anotación; lo cual ejemplifica mediante tres poemas de diferentes géneros de la poesía quevediana. Introducción y manifiesto metodológico a la vez, este artículo provee al lector del cristal necesario para los trabajos más específicos que siguen y que pueden di-